

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.  
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

## SERMON DE PENTECOSTÉS.

Hoy celebra el mundo cristiano la fiesta de Pentecostés, ó sea la venida del Espíritu Santo sobre el colegio apostólico. Hoy es el cumpleaños de la Iglesia católica; hoy celebramos el divino natalicio de nuestra madre; hoy recordamos aquel día solemne en que la Iglesia, saliendo del cenáculo llena de los dones divinos, se presenta en público, toma posesion de la herencia prometida á los descendientes de Abrahan, entra en el pleno ejercicio de todos los derechos que habia perdido la Sinagoga, y empieza á cumplir su altisima mision de salvar á los hombres, derramando en todas las partes del mundo los preciosos dones con que ha sido enriquecida por el Espíritu Santo. Diez y nueve siglos han

trascurrido desde que los apóstoles, es decir, doce hombres destituidos de todo auxilio humano emprendieron la obra sobrehumana de conquistar el mundo para Jesucristo, y ante la realidad prodigiosa de los hechos, tenemos que inclinar nuestra frente y confesar *con el corazón y con la boca* que la Iglesia católica, apostólica romana, en cuyo seno vivimos, viene de Dios, está asistida por Dios, y permanecerá hasta el fin de los tiempos para salvar á los hombres y conducirlos al seno de Dios. En efecto; la santa Iglesia católica se revela á nuestras miradas en el prodigio de su desarrollo como la obra de Dios.

Examinando á la luz de la historia el establecimiento de la Iglesia, que es el reinado de Dios en

la tierra, contemplando con mirada imparcial esa construcción maravillosa, ese magestuoso edificio diez y nueve veces secular, decíamos que era forzoso reconocer y confesar su divino origen. Conviene insistir en tan importante materia, ya que la Iglesia católica, madre y maestra del mundo, está sufriendo la persecución más desalmada que han visto los siglos de parte de esa generación incrédula y corrompida, criada y amamantada á los pechos de la civilización moderna, que es una mala madre, y una maestra detestable.

Lo primero que debe llamar nuestra atención es el nacimiento de la Iglesia; nacimiento verdaderamente milagroso que nos pone en presencia de lo divino. Nos guardaríamos bien de adelantar este juicio si detrás de la cuna de la Iglesia, si en su nacimiento ó en torno de éste descubriéramos al hombre, el poder, el génic, los esfuerzos del hombre; pero ¿qué vemos ahí, en esa cuna y en torno de ella? Lo primero que se ofrece á la vista es un hombre clavado en una Cruz y luego un sepulcro sellado por el desprecio y amurallado por el oprobio. ¿Qué más? La nada. Sí; doce hombres, rudos, ignorantes, flacos, miserables, deshecho de la plebe; do-

ce hombres que no son, *ea quæ non sunt*, hombres que no son, que son humana y naturalmente hablando, *la nada*. ¿En dónde se vé aquí alguna cosa que se parezca á un pensamiento humano, á un trabajo del hombre, á una creación del hombre? Y no obstante, esos hombres nulos, esos hombres de nada se lanzan á la conquista del mundo, y no llevando otras armas que su palabra, ni otros ejércitos que sus virtudes, ni otra ambición que el martirio, logran vencer á los sabios con su palabra, á los filósofos con su doctrina, á los políticos con el Evangelio, á los poderosos con sus virtudes, no parando su ambición de conquistas, hasta conseguir que todo un mundo, entregado al culto de los ídolos y á la satisfacción de pasiones sin freno, se abraza con las austeridades de la Cruz y adore como Dios á un ajusticiado. Hé aquí el hecho. ¿Dirán los incrédulos que no ven lo sobrenatural, lo divino en ese hecho milagroso? Ciegos que no ven el sol. Si negais lo divino en la cuna de la Iglesia, si perseverais en la obstinación de considerar á la Iglesia como una institución puramente humana, no solamente os rebelais contra la fé y venis á caer en la herejía sino que os rebelais contra el dic-

támen de la razón, contra los fallos de la historia y venis á caer en el absurdo.

Porque no hay efecto sin causa, nada existe en el mundo sin razón suficiente. Hé ahí un efecto cuya causa es preciso señalar para conocer la razón suficiente de su existencia; hé ahí un fenómeno que supera todas las fuerzas de la naturaleza; hé ahí una creación que en nada se parece á las creaciones humanas; hé ahí una obra, milagro de duración y resistencia, que atraviesa los siglos sin desfallecimientos y arrolla á su paso todos los obstáculos sin detrimento de su fecundidad y sin menoscabo de su hermosura. La Iglesia católica, vista por el lado de las criaturas, es un fenómeno sin causa, una existencia sin razón suficiente, una creación sin fuerza creadora en la naturaleza, una obra sin artífice en el mundo, por lo cual es forzoso confesar, de acuerdo con la razón y la fé, la divinidad de la Iglesia ó cerrar los ojos á toda luz de la fé y de la razón para lanzarse en el abismo de la herejía y del absurdo.

La Iglesia nace pobre como Jesús, que no tenía donde reclinarse su cabeza, pero esta cuna revela con su pobreza y desamparo su origen divino. Es todo

ello el cumplimiento de un altísimo y profundo misterio; es la realización en el tiempo del plan divino ideado en la eternidad para gloria de Dios y salvación del género humano, como lo expresa el Apóstol; diciendo que Dios eligió instrumentos débiles, flacos y enfermos para confundir lo más fuerte, lo más robusto y poderoso del mundo. La Iglesia católica es la prueba histórica de esta verdad dogmática.

Apenas habían trascurrido algunos siglos cuando la Iglesia, que no cuenta con ningún impulso ni resorte humano, había dado la vuelta al mundo. Abro la historia y leo páginas entusiasmadas en forma de saludo á la Iglesia católica, floreciente ya hace quince siglos, bajo todos los cielos y bajo todas las playas entonces conocidas. Oigo á S. Agustín publicar entusiasmado el gran acontecimiento de la prodigiosa extensión de la Iglesia fundada por Cristo. Sigo leyendo y se aparece la gran figura de Tertuliano amenazando al imperio de que darse solo si todos los cristianos llegaban á retirarse. Antes del milagro del Lábaro santo, cuando todavía el gran Constantino no había puesto la cúpula á la libertad de la Iglesia, cuando esta hija del cielo tenía que vivir escondi-

da, sepultada en aquellas catacumbas sobre cuyas bóvedas resonaban los pasos de los perseguidores y el ruido de sus orgias, veo que decían los padres contemporáneos haberse convertido el grano de mostaza en el gran árbol cuyas ramas cubrían toda la tierra. Es ya tiempo de preguntas: ¿Quién había dado á la Iglesia esa fuerza de expansión, esa rapidez de crecimiento y desarrollo? ¿Se vé aquí algún impulso, algún resorte humano? Humana y naturalmente hablando ¿puede explicarse la rápida y maravillosa propagación del cristianismo? La conversión del mundo de la manera que se realizó ¿no es una prueba incontestable de la intervención divina? Porque es preciso fijar la atención en los inmensos obstáculos que se opusieron desde el principio á la marcha conquistadora de la Iglesia. Y entonces ¿cómo explicar humanamente el hecho de su propagación, sus triunfos increíbles y sus ruidosas victorias? ¿Qué es lo que impedía el paso á la Iglesia? Todos y todo; todos contra ella y ella contra todos. Las preocupaciones y los errores, las tradiciones y las costumbres, las pasiones y las corrupciones, las proscripciones y los destierros, las cárceles y las hogueras, el

poder, la riqueza, la elocuencia, la espada, el puñal, el asesinato y el esterminio que hicieron en el imperio mas de diez y ocho millones de mártires y que en el curso de los siglos hasta nuestros días se han empleado para vejar, oprimir y esterminar á la Iglesia; todo esto impedía ó trataba de impedir el paso de la inmortal viajera. Y no obstante ella pasa adelante, gritando á los cuatro vientos. *Fac mihi spatium.*

Amenzada mas tarde por el mahometismo, y luego por las heregias, y despues por el protestantismo, y en seguida por los horrores del 93, por las matanzas de la revolución, por este Cain del siglo XIX, el racionalismo, dominante en toda Europa y dueño de los poderes públicos en todas partes; acosada, perseguida, martirizada por todas las fuerzas del error, ¿quién sostiene su vida, su inviolable juventud, su prodigiosa fecundidad y su belleza immaculada á través de las persecuciones, á través de las corrupciones, á través de las hogueras, á través de los patíbulos, á través de todos los ejércitos de sus enemigos y de todos los aceros que amenazan su existencia? Ahora mismo, á pesar de este combate encarnizado de todos los errores sociales, de todas las políticas,

de todas las fuerzas hostiles del liberalismo, el sol de la Religión cristiana, ni siquiera se eclipsa, antes resplandece con el mas vivo fulgor en Europa, y tal se reputa su importancia social y su influencia salvadora, que los gobiernos mas hostiles, ante los peligros del orden social y las amenazas del porvenir se apresuran á contraer alianzas impuestas por la necesidad mas bien que inspiradas por la fé, la conviccion y el amor; vuelven los ojos á la Iglesia y piden á su cabeza visible la fuerza moral de que ellos carecen para dar la batalla á las doctrinas impías y antisociales que amenazan la civilizacion y se aprestan á destruir el orden social, á tritularlo todo en el gran mortero de sus trituraciones. Aun perseguida, aun despojada, aun maniatada y esclavizada, vedla haciendo dos cosas prodigiosas que ponen de relieve su vida imortal y su fuerza sobrehumana; aquí, en esta Europa ingrata y degradada, resiste con vigor, se defiende con fortaleza y al mismo tiempo se extiende, se propaga en los más apartados países, en las mas remotas playas; y esto se verifica de manera tan sorprendente que las hostilidades, las persecuciones, los golpes que aquí recibe de gobiernos y nacio-

nes cuya conducta contradice vergonzosamente su titulo de católicos, esos golpes de la ingratitude y de la perfidia no consiguen otra cosa que hacer refluir la vida católica, como el Océano que, aunque puede mudar de sitio no puede agotarse hasta los últimos confines del mundo. El sol del catolicismo no reconoce privilegios. Y por eso está donde no se ponen obstáculos á la difusion de sus benéficos rayos, y se va de donde le arrojan con la indiferencia, la ingratitude y el menosprecio.

A medida que se persigue á la Iglesia en Europa, este árbol de la vida se arraiga y extiende sus ramas en Asia. Así sabemos que la China y el Japon, las Indias y el Madagascar y todos los países conocidos reciben la luz del Evangelio llevada por los frailes, por esos hombres heróicos, tan odiados y perseguidos en Europa, y están viendo á la vida católica encarnada en los misioneros baticir sus playas y florecer bajo su cielo.

Después de lo dicho, bien podemos repetir la proposicion establecida al principio en favor del origen divino de la Iglesia. Sí; la Iglesia católica es divina. Milagro de duracion, pasará el cielo y la tierra, y no pasará la pala-

bra de Dios en orden á que todo menos ella ha de perecer. Milagro de fortaleza, jamás prevalecerán contra ella las puertas del infierno. Lo pasado nos responde del porvenir. Milagro de fecundidad continuará engendrando hijos en todas las playas y bajo todos los soles y mostrando á los pueblos el camino de la salvacion, porque ella sabe lo que nos pierde y lo que nos salva y ella sola lo sabe; ella posee la solucion de todos los problemas y la medicina de todas las llagas sociales y ella sola las posee, porque ella es para las almas, para los pueblos y naciones que navegan por este mar del mundo moderno, que hierve en tempestades, faro luminoso puesto en escollo eminente para conducirnos á puerto de salvacion, Amen.

—  
 DE QUÉ EDAD ERAN LA VIRGEN MARÍA  
 Y SAN JOSÉ CUANDO SE DESPOSARON?

—  
**Respuesta.**

Segun Alberto el Grande, la Virgen Santísima era de 25 años cuando se desposó con San José, y del mismo parecer fué el Cardenal Cayetano, gran expositor de Santo Tomás. Pero otros escritores no ménos célebres, entre ellos el Cardenal Baronio, Evodio, San Buenaventura, San Gregorio de Nisa y el Abulense, son de parecer que la Virgen María se des-

posó á los 14 años. Segun su comun sentir, cuando Jesucristo subió á los cielos, la Virgen tenia 48 años, y restando de éstos los treinta y tres que vivió el Salvador en la tierra, quedan 15, que eran por consiguiente, los que contaba María cuando dió á luz á su Hijo divino, siendo desposada á los 14, suponiendo todos que el primer año de su matrimonio nació Jesucristo. Otros, citados por el doctor eximio Suárez, creen con San Jerónimo que la Virgen se desposó á la edad de 13 años.

En tanta variedad de opiniones parece seguirse la mas profesada por los Padres de la Iglesia en general, á saber, que la Virgen se desposó cuando contaba la edad de 14 á 15 años, por ser ya de complexion perfecta.

No es menor la diversidad de pareceres en cuanto á la edad que tenia San José. Algunos, aunque pocos, entre ellos San Jerónimo, Nicéforo y San Epifanio, le atribuyen una edad muy avanzada, por ser, dicen, mas apto para el oficio de custodio. Gerson le hace de 50 años, y otros varios, siguiendo á Vigésio y al Padre Salmeron, creen que tendria 40 y aun 30. Segun la Santa Escritura, debia ser jóven. «Habitará un jóven con una Virgen», dice Isaías (cap. 62), y la Glosa lo explica de San José. San Lucas dice que Jesús «era considerado hijo de José: *putabatur filius Joseph.*» Lo cual no se habria juzgado así, dado caso que el Santo Patriarca hubiese sido viejo. Ni hubiera podido éste soportar las fatigas de los viajes á Belén, á Nazaret y á Egipto, ni ganar con su trabajo la subsistencia de la Sagrada Familia. Por último

téngase en cuenta que la ley de los hebreos prohibía la union de una jóven con un viejo, y ni los Pontífices ni San José hubieran querido hacer una cosa tan enérgicamente reprobada por la ley.

En cuanto á los pintores que presentan á nuestro Santo ya entrado en años, repetiremos con Horocio: *Pictoribus atque pætis quidlibet audiendi semper fuit æqua potestas*. Pintores y poetas gozan de mucha libertad.

F. J. P.

#### EL MAESTRO CEROTE.

Ahi lo tienes, lector. Ese es el maestro Cerote.

Yo le conocí jóven, y era todo lo que se llama un buen mozo: bien plantado, y con un pelo negro que daba envidia.

De lo curro no digo nada: ni las moscas se le paraban encima. Cuando él se echaba á la calle los lunes (digo los lunes, porque los domingos los dedican los zapateros á echarse al infierno); cuando él se echaba, digo, á la calle, con su pantalón ajustado, su gorra de cascos y su corbata verde mar, prendida con la tumbaga que heredó de su abuela la tía Marinavo, era cosa de asomarse á los balcones para verlo pasar: tan ufano iba y tan orgulloso.

Era lo que él decia:—Mientras tenga yo mi facultad ¿quién me tose? Y tenia razon. Pero, amigo, los tiempos no pasan en vano. Y si á todo un Napoleón, cuando Dios quiso no le faltaron toses, menos habian de faltarle á nuestro pobre héroe que, á pesar de todo su be-

roismo, jamás rayó tan alto como el vencedor de Marengo.

En efecto, las toses del maestro Cerote, fueron los años, que bien pronto empezaron á hacer de las suyas. El repetido roce de la lezna comenzó á echar á bajo aquel peto anillado que era la envidia de propios y extraños; despues las fuerzas y los parroquianos vinieron á menos; y no tardó en llegar el dia en que el portal de un viejo canónigo vino á ser el refugio donde el desgraciado hijo de San Crispin tuvo que sentar los reales de su industria, y aun contemplar con tristeza que algunos perros callejeros llevasen su mala educacion hasta el indecoroso extremo de depositar en el capazo de sus herramientas cosas, que, como las del señor Echegaray.... *no pueden decirse*.

Pero, en fin, cuando hay alegria en el corazón y paz en el alma todo se lleva bien; así es que el tío Cerote, que era un hombre honrado sin afanes ni ambiciones, pasaba, á pesar de todo, su vida bastante alegremente, echando cada copla y cada remiendo que daba la hora.

Como no ocurriese que alguna fregatriz remilgada y fastidiosa se propusiese darle un disgusto empeñándose, por ejemplo, en probarle que le habia estropeado los zapatos en vez de componérselos (lo cual, dicho sea en verdad, solia suceder muy á menudo) el tío Cerote no se incomodaba nunca.

Al medio dia, su mujer le traía la comida al portal; y por la noche su hija ó su yerno, que era un buen muchacho, oficial del oficio, le ayudaba á retirar la herramienta y *pax Christi*. Enseguida, y

mientras se hacia la cena, que solia ser bastante ligera, tanto, que á veces se escapaba, el tio Cerote cogia la guitarra; Quico, que así se llamaba *su señor hijo politico*, cogia la pandereta, (única prenda que segun aseguraban los vecinos habia aportado al matrimonio) y ya estaba armado el jaleo.

La encargada de las coplas era Maria. Maria tenia buena voz, y al tio Cerote se le caía la baba oyéndola cantar. Canta hija mia, decia el viejo. Y Maria cantaba:

Al jardin de las riquezas

buscando la dicha fuí.

Y me dijeron los ángeles:

de esa fruta no hay aquí.

—¡Olé, salero! gritaba el marido entusiasmado de oír á su mujer.

Y el entusiasmo del coprazon pasaba á la pandera, y la pandera se agitaba multiplicando hasta el infinito sus golpes de contrapunto.

—Callad, demonios, saltaba desde la cocina la tia Manuela, que este era el nombre de la tia Cerote ¿no veis que doña Ursula la de la jaqueca nos va á echar á la calle?

Doña Ursula era una señora que habitaba el principal, y que llevaba siempre en los pulsos dos parches de tacama-ca, medicina santa para el dolor de cabeza.

—Dejela *osté* que se queje a Poncio Pilatos, contestaba Quico.

Y Maria volvía á cantar.

Que tontos son los *chusqueles*  
que corren tras la ambicion;  
cuando *sin tantos papeles*  
nosotros, pobres *peleles*,  
llenamos el corazon.

Estos jolgorios se repelían con encantadora frecuencia.

Verdad es que la tal frecuencia no encantaba á doña Ursula la de los parches, ni á los otros vecinos graves y ocupadísimos, para quienes era inconcebible que pudiese haber gentes pobres capaces de divertirse hasta tal extremo, siendo así que ellos, que, gracias á sus largas tareas, ocupaban una *bonita posicion*, maldito si tenia ganas de reirse aunque les rascasen los piés.

Seguramente no se habian fijado nunca en las coplas de Maria, ni en aquello que dice el evangelio de que *le basta al dia su propio afan*.

No es esto decir que en casa del tio Cerote no hubiese tambien sus cosillas.

Los pobres, por ser pobres, no son impecables, aunque, por el mero hecho de no ser ricos, tengan mas allanado el camino de los cielos, en el que cada millon es un repecho y cada talega un pedrusco.

Por ejemplo, á la tia Manuela se le quemaba la sangre de que el tio Cerote, que solia ser algo aficionado á echar discursos, los echase llenos de vanidad, sin acordarse de que la riqueza espiritual del pobre, así como la pobreza espiritual del rico, no son sino meras gracias que Dios envia desde el cielo á los que orando humildemente se las piden.

—Señores, solia decir á veces el tio Cerote, tosiendo á guisa de sábio que se prepara.

La tia Manuela se prepara tambien.

(Continuará.)